

Qué ha pasado con el conflicto armado durante el gobierno de Uribe?

Las caravanas en época de vacaciones, no reflejan la seguridad que el País está esperado

José Luis Cadena Montenegro¹

La lista de los balances del Gobierno Uribe tiene muchos interrogantes de vital importancia para el país; entre de ellos, tal vez el principal, es el que hacen los colombianos sobre uno de los temas álgidos por los cuales fue elegido el actual Presidente. A nadie le cabe duda que hace cuatro años Uribe representaba al salvador “que terminaría con los criminales de izquierda y de derecha que se habían repartido el territorio nacional” ante la ineptitud de los gobernantes en los últimos cincuenta años. Si, los niños y los jóvenes deben saber que esta pobre Colombia ha sido gobernada por sus peores hijos, los que sólo se preocuparon por mantener sus tierras, sus capitales y sus apellidos. Aquellos que aún creen que son dueños de todo y que se toman los medios diariamente para dar cátedra de honestidad y sabiduría. Ellos permitieron la iniciación de este largo conflicto y permanentemente le han echado gasolina al fuego.

Esos extraños seres son los mismos con las mismas que en las pasadas elecciones fueron capaces de matricular a sus hijos en el bando contrario con tal de seguir disfrutando de las mieles del poder. Pues bien, el objetivo de acabar con los violentos no se ha cumplido aunque hoy sea posible que aquellos culpables de la mala situación del país puedan pasar semana santa, navidad y otros puentes mas o menos tranquilos resguardados por los agentes de seguridad que los acompañan hasta el baño. Y el asunto es claro: las cúpulas de los grupos insurgentes están intactas y continúan poniendo en jaque a las Fuerzas Armadas (militares y de policía) y a la población civil. En cambio las cúpulas de los organismos estatales se han desbaratado permanentemente en estos tres años y medio de gobierno. Se afirma con toda seguridad que en ningún otro período cuatrienal, habían ocurrido tantos retiros de militares y de policía por caprichos y rabetas del Comandante Supremo. Muy grave que el equipo encargado de ejecutar la que —según su propia intención— es sin duda la principal tarea de gobierno, sea relevado cada vez que el

¹ Catedrático universitario, Geógrafo y Politólogo, Profesional en Ciencias Militares. Magíster en Ciencia Política, Magíster en Planeación Socioeconómica, Magíster en Geografía y Ordenamiento Territorial, Doctor en Geografía, especialidad en geopolítica, Universidad Nacional Autónoma de México. comentarios a : Jlcadenam@yahoo.com.

genio cambia. Tres ministros de Defensa, dos comandantes generales, tres comandantes del Ejército, dos de la Fuerza Aérea, además de un relevo permanente en la alta oficialidad, son claras muestras de contradicción entre lo propuesto y lo realizado. El conflicto armado se mantiene y las acciones esporádicas de parte y parte aumentan la incertidumbre de los colombianos que están cansados de la guerra. Algunas regiones del País continúan sometidas al control de los violentos incrementando el número de desplazados que ya alcanza casi los tres millones.

Curtidos generales otrora ensalzados por sus superiores para que escalaran las más altas posiciones en la jerarquía militar, han colgado el uniforme víctimas de caprichos y en no pocas oportunidades con graves humillaciones que quierase o no, afectan la moral de los cuadros (comandantes en todos los niveles) y lo que es más grave, de la propia tropa. La facultad discrecional para retirar del servicio a Oficiales y Suboficiales sin explicaciones, afecta negativamente la eficiencia del aparato militar y pone en tela de juicio las normas, reglamentos y códigos. Así las cosas, hoy se muestran estadísticas sobre resultados operacionales representados en bajas (muertes), capturas y deserciones de guerrilleros y paramilitares como si esta fuera la única manera de medir la eficiencia y eficacia del Estado en materia de seguridad.

Por supuesto que las atrevidas acciones de la guerrilla en la década del noventa, en las que reunían cientos de combatientes para atacar unidades militares de tamaño medio, generalmente mal comandadas e indisciplinadas, no se han vuelto a repetir, pero esto no es muestra de solución definitiva del problema. Las Fuerzas Militares de hoy están mejor dotadas y acceden a tecnología de punta que garantiza un mayor poder relativo de combate. Los efectivos institucionales han crecido en forma logarítmica aunque no alcanzan los promedios de otros países sin problemas de conflictos internos. Estos dos aspectos llevarían a pensar que si el problema antes del año 2000 era de falta de efectivos y de medios tecnológicos, la situación hoy estaría próxima a resolverse.

Las bajas que sufren las guerrillas, generalmente son combatientes de bajo rango, sin capacidad de decisión, a excepción de algunos mandos medios, comandantes de escuadra o de unidades pequeñas que según parece, son reemplazados sin mayores complicaciones. No de otra manera se explicaría la ecuación según la cual, a mayores acciones estatales, más numerosas las respuestas insurgentes mediante el empleo de todos los medios de lucha sin distinguir quien pueda caer como resultado del funcionamiento de la maldita máquina de guerra. El reemplazo de combatientes irregulares plantea un debate en el sentido de establecer hasta donde la insurgencia goza de apoyo popular, o lo que sería más grave aún, cuantos efectivos potenciales permanecen disponibles y por qué razón los organismos de inteligencia del Estado no se han ocupado del asunto.

Dos comandantes del Ejército se han retirado sin cumplir su promesa de capturar por lo menos a uno de los jefes del secretariado de las FARC, promesa que hicieron pública, tal vez porque estaban seguros que la cumplirían. Y no se puede decir que no se haya hecho lo posible por golpear a la FARC en su propio espacio; todo lo

contrario, se sabe del cansancio de las tropas por la exigencia del Comandante Supremo de intensificar la lucha y presentar resultados tangibles para calmar la ansiedad de los electores de hace cuatro años y de los potenciales en mayo próximo. En el 2005, ochocientos militares fueron evacuados de la región selvática oriental por estar afectados de leishmaniasis, una complicada enfermedad que se ha convertido en un enemigo tan peligroso como la guerrilla para el Ejército.

La guerrilla por su parte debe sentirse realizada porque sabe que ha puesto los dos últimos presidentes y seguramente pondrá el tercero. A Pastrana lo patrocinaron las FARC por incompetente y a Uribe le ayudaron involuntariamente porque al atacar a la población civil alcanzaron el máximo rechazo y cocinaron su derrota política. Ahora saben que pueden incidir psicológicamente en los votantes en la medida que su pronunciamiento se convierta en ilusión para una parte de ellos, en especial, de los que esperan el intercambio humanitario. Algunos integrantes del grupo de candidatos, esperan ansiosos el guiño de la guerrilla para convencer a los electores. Mentiras y engaños se han dicho en otros tiempos por algunos aspirantes con intenciones de llegar al solio de Bolívar. Y es que en este país todavía vivimos de cuentos y promesas, de espectáculos grotescos que convierten a lustrabotas, cuentachistas, futbolistas, chanceros, estriptiseros y payasos en prohombres, generalmente dedicados a la politiquería, que no a la política. Qué desgracia que en pleno siglo XXI no haya un Bolívar, un Nariño, un Córdoba, incluso un Santander! Será necesario importar un hombre, o una mujer que una a nuestro pueblo y que gobierne para todos y no sólo para unos pocos, ni siquiera para los que lo eligen? Seguramente los guerrilleros están conscientes que son ellos los que deciden las elecciones y así lo asumen como parte de su proyecto político para la toma del poder por las armas mediante la combinación de todas las formas de lucha.

Para la guerrilla, la acción militar está subordinada al objetivo político, en otras palabras, lo militar no es el objetivo principal, sólo un medio. En cambio, pareciera que el Estado descargara toda su responsabilidad en el aparato militar convirtiéndolo en un fin y dejando de lado todos los componentes de esa ciencia denominada *estrategia*. No de otra forma se entenderían las fugaces operaciones coyunturales en las que no se recupera el territorio y menos la voluntad y el apoyo de la población civil, elementos intangibles de gran valor en el camino de la victoria, según los teóricos de la guerra. Hospitales, escuelas, vías de comunicación, viviendas, servicios públicos, recreación, fuentes de empleo, son entre otras, realizaciones que consolidan el objetivo después de una operación militar.

La Política de Seguridad Democrática muestra entre sus principales resultados, disminución de asesinatos, de secuestros, de boleteos, de desplazados, de acciones violentas en general, hechos que no se pueden negar y que permiten a los colombianos un grado mínimo de seguridad en relación a épocas negras, en especial durante los gobiernos Samper y Pastrana, en las que el país estaba dividido territorialmente entre la guerrilla, los paramilitares, los narcotraficantes independientes y la delincuencia común, mientras uno de los presidentes se defendía durante todo el período de acusaciones por infiltraciones del narcotráfico en su

campana y el otro soñaba con tener el premio Nobel por permitir el nacimiento de otra Colombia, vecina de la actual.

Pero subsisten graves taras que no permiten llegar a niveles de seguridad adecuados para el ejercicio de los derechos ciudadanos y del desarrollo económico, aspectos básicos para la consolidación de la democracia en cualquier latitud. Una de ellas es la ineficiencia en la inteligencia táctica y estratégica por parte de los organismos dedicados a estas labores. En los dos últimos cuatrienios, estas entidades han sido dirigidas por personajes impreparados, inexperimentados y sin la madurez física y mental que tal responsabilidad exige. Los nombramientos en cargos de tanta seriedad se han hecho para pagar favores políticos y no para mejorar la vida política del País. Y si a eso le sumamos lo que supimos en semana santa sobre asuntos tan graves como los del DAS y la Superintendencia de Seguridad y Vigilancia, que entre el diablo y escoja.

Para no pecar por exceso, hemos de esperar que las investigaciones aclaren completamente lo que se supone que ha ocurrido, si embargo, para los que escuchamos por la radio y vimos por televisión a ex funcionarios de esos organismos, hablando de las diabluras que se orquestaban, no nos queda duda que allí se hacía de todo, menos trabajar por *la Política de Seguridad Democrática*. De mayor gravedad es lo que ha dicho su actual Director en el sentido de posibles fugas de información que permitieron la muerte de diez de sus integrantes en una desconcertante operación militar. Desconcertante porque nadie entiende qué hacían diez personas no militares en una operación de combate. Sería muy interesante que las investigaciones mostraran quien o quienes han estado detrás de estas diabluras porque lo del DAS y la Superintendencia de Seguridad, por leve que resulte después de los cotejos de rigor, debe tener por lo menos un poderoso detrás del poder.

En Colombia, todos los análisis sobre el conflicto interno, concuerdan que es el narcotráfico, el principal proveedor de recursos para la guerra; ninguna otra actividad requiere de tanto dinero para satisfacer el apetito de los productores y vendedores de armas, muchos de los cuales, son miembros de clubes e instituciones que proclaman el altruismo, se ponen el escudo en la solapa y van a misa acompañados de las señoras que llevan velo negro, asisten a desayunos con niños pobres y hacen regalos en navidad a los indigentes. Pues bien, los Estados Unidos acaban de emitir un informe en el cual dan cuenta del incremento de los cultivos ilícitos en Colombia. Ellos si tienen los medios tecnológicos para controlar y determinar la realidad de la situación en materia de crecimiento o disminución de las plantaciones de hoja de coca, amapola o marihuana.

Mediante imágenes obtenidas en tiempo real a través de sus propios satélites, están en capacidad de analizar metro a metro, minuto a minuto el territorio colombiano y cuantificar los daños ambientales que se causan para que los drogadictos puedan vivir en paz mientras con su dinero se matan colombianos entre si en una guerra fratricida que no es suya. Por eso se afirma que hoy existen 36.000 hectáreas nuevas de cultivos ilícitos a lo largo y ancho de Colombia para un total de 144.000, mientras en 1.999 había 122.500. Más grave todavía es el problema de los

sembrados malditos en las fronteras, especialmente entre Ecuador y Colombia, pues esta es una estrategia maquiavélica que ni siquiera parece haberse entendido por los organismos de seguridad del Estado. Algo similar ocurre en las fronteras con Panamá, Venezuela, Brasil y Perú.

Si el narcotráfico incrementa sus actividades y el lucro lo reciben las guerrillas y los paramilitares, entonces cabe preguntarse ¿cuáles son los logros de fondo de la Política de Seguridad Democrática después de tantas muertes? En los últimos cinco años las operaciones contra cultivos ilícitos han dejado 82 muertos y 115 heridos de la Fuerza Pública. Esas muertes no son importantes porque los militares, policías, guerrilleros y paramilitares son gente del pueblo, hijos de campesinos, de panaderos de zapateros de señoras que hacen el aseo y ofrecen tinto en las oficinas de los vendedores de armas, de taxistas que han logrado con gran esfuerzo que su hijo por lo menos sea bachiller. O, acaso se sabe de un hijo de padre de la Patria, de un empresario, de un ministro, de un sobrino de obispo, de un hermano de magistrado que sea soldado o policía?

La lucha contra el narcotráfico en Colombia se ha convertido en un juego *al gato y al ratón*, en el que el escenario se cambia en la medida de las acciones estatales y en el que hasta ahora los Estados Unidos han invertido 4.000 millones de dólares y Colombia unas tres veces más esa cifra en seis años. Así entonces, cuando se ataca el flagelo en Arauca, los narcos se desplazan al Guaviare, si se ataca en Putumayo, se van a Nariño, si se los persigue en el Valle, se corren para el Cauca. El informe de los Estados Unidos muestra la extensión de cultivos ilícitos en ocho departamentos más. Hoy por hoy, tranquilas ciudades hace algunos años, se han convertido en el refugio de maleantes que cambiaron su manera de vivir y se fueron a dañar la tranquilidad de gentes buenas que rezaban el rosario en las noches y dejaban las puertas de sus casas abiertas mientras se iban a visitar a la Virgen de Las Lajas. Pronto, estas ciudades estarán como Cali o Medellín en la era de don Pablo y los Rodríguez Orejuela. Y esto no lo ven los organismos de seguridad porque están dedicados a espiarse entre ellos, a ver que hace la mujer de otro para extorsionarlo y sacarlo del puesto. Así no puede funcionar ninguna política estatal, menos la de *seguridad democrática*.

En Colombia, abundan ahora los expertos en *seguridad y defensa* y reparten tarjetas con títulos de asesor y consultor en un tema del que no tienen por qué saber, pues ni siquiera prestaron servicio militar, pero son ellos, imberbes jovenzuelos que hace poco jugaban a la guerra en máquinas monederas en las tiendas cercanas a la universidad, los que hablan de tácticas bélicas y dictan cátedra de estrategia. Se han tomado literalmente varios organismos del más alto nivel, incluyendo ministerios y comparten con amigos cercanos, responsabilidades para las que nunca se han preparado. De esta manera, ningún plan, proyecto, directiva o política, dará los resultados esperados. Zapatero a tu zapato, dice el refrán. Es cierto que la guerra es tan importante que no se les debe a los generales pero eso no implica que el tema lo manejen adolescentes con ínfulas de Napoleón. Ese a mi juicio, ha sido un gran error en la ejecución de *la Política de Seguridad Democrática*.

En Colombia los fracasos más grandes se han dado por malos manejos en las instituciones encargadas de operar asuntos de alto impacto social, como el Ministerio de la Salud, el ISS, Telecom, Cajanal, Caprecóm, Colpuertos y otras más, que fueron manejadas por aventureros con ínfulas de estadistas. Pareciera que igual situación se estuviera presentando en el sector de la seguridad y defensa. Debemos preguntarnos entonces, ¿cuánto ha invertido el País preparando su gente y dónde están las personas que en todos los campos acumularon una gran experiencia? Sabemos de muchos que están en otros países y que forman parte de la diáspora que llega a los cinco millones porque en su patria no encontraron oportunidades.

Seguramente el presidente Álvaro Uribe Vélez tiene la mejor intención de cumplir lo que ha prometido pero en materia de *seguridad y defensa*, ha estado muy mal acompañado durante su gobierno, en especial porque mientras él juega de sur a norte, algunos integrantes de su equipo lo hace de norte a sur. De esta manera, lo que con tanta dedicación y entrega se hace por unos pocos, a costa de su propia vida (y vida no hay sino una) se opaca por parte de otros que hoy tienen al País en el ojo del huracán por sus malos comportamientos y por su desconocimiento del tema que manejan. Las caravanas en vacaciones y puentes no significan que exista la seguridad requerida para que los colombianos puedan vivir en paz. Alguna vez los militares y policías deberán dormir en sus casas y entonces, ¿quién cuidará las carreteras en Colombia? Esto no desvirtúa los logros alcanzados pero los colombianos no se sienten protegidos completamente.

Y entonces, ¿todo está perdido?. Seguramente no. Los golpes y reveses deben servirnos para recapacitar y aceptar los propios errores; la autocrítica como medio eficaz de solución de problemas es una buena ayuda cuando existe la intención de acertar. Organizar un batallón con estos niñitos que hoy planean la guerra desde el escritorio y posan para la prensa con uniforme camuflado cuando los llevan de paseo a las unidades militares y luego llevarlos al campo de combate en La Julia, La Victoria, Barbacoas, La Cruz, Los Alizales, Orito y otros sitios críticos en Colombia, me parecería apenas justo y equitativo. ¿Por qué los muertos en este conflicto tienen que ser de los estratos más bajos de la población? Una de las exigencias de la *Política de Seguridad Democrática* debería ser la prestación del servicio militar por parte de todos los colombianos y colombianas, como lo dice la ley. Sólo así sabremos qué es eso de la guerra!

Cuando la *Política de Seguridad Democrática* se asuma con seriedad por todos los organismos estatales encargados de ejecutarla y no sólo por algunos, será posible disfrutar por parte de los colombianos de todos sus derechos ciudadanos. Cuando se terminen las repúblicas independientes al interior del Gobierno, la eficiencia y la eficacia alcanzarán niveles de normalidad para mejorar las condiciones mínimas para vivir en armonía; esto sin desvincular del problema las soluciones de tipo socioeconómico que deben acompañar el proceso que desemboque en una verdadera paz.